

TRÁNSITOS

***In memoriam. Nota necrológica para Koffi Kouassi “Denos”,
hispanista marfileño y antropólogo visual y aplicado***

Martín Gómez-Ullate
Universidad de Extremadura

Hay personas que nos parecen desvitalizadas, muertas en vida, que por una u otra circunstancia han perdido la alegría de vivir. En cambio hay otras personas, que por mucho que nos digan que han muerto y veamos su foto en la necrológica, somos incapaces de imaginarlas muertas, pues tal ha sido el caudal de vida e intensidad que nos han transmitido, tal su amor hecho palabra y gesto, que lo de “siempre seguirás viviendo en mí” pasa de ser una metáfora a una sensación, clara, diáfana. Estas personas han conseguido, en la impronta anónima y minúscula de sus actos cotidianos, uno de los anhelos universales del ser humano: trascenderse.

Así ha ocurrido con mi “Tío Koffi”, al que ese apelativo también se lo dedicaba más como una certeza que como una metáfora. En esta sociedad de la información,



aldea global y “enredada” no he podido rescatar más que unas huellas de esa funesta noticia, que como la sombra de un ave de mal agüero ha cruzado la pantalla de mi ordenador. Así he aprendido que este gran hombre cuya vida ha trascendido —desde luego en la mía y en la de otros amigos comunes—, se ha reunido, el pasado febrero, en el Bous con sus ancestros y con Mami Wata y todos los komián que le estarán festejando con un delicioso agouti y un buen vino de Rioja.

“¿Sabes lo más duro de la antropología? —me decía—, ¿qué es lo realmente difícil de hacer en el trabajo de campo? No es comer cosas extrañas, el choque cultural o los inevitables malentendidos con el Otro, lo más difícil de ‘estar allí’, es estar lejos de tu familia, de tu mujer, de tus hijos...”

Su firme decisión de quedarse con su gente, los baoulé —entre los que era un notable—, en su tierra, en la misma línea de decisiones, estaba la de quedarse entre las tropas de Alassane Ouattará y Laurent Gbabó, en su Universidad de Bouaké, donde los estudiantes le llamaban “papá”. Esto ha precipitado su fin, pues los desmanes de la guerra han penetrado en su carne en forma de heridas en alguna refriega o razzia ocasionada en su pueblo, pero sobre todo han debido marchitar su corazón tan grande, al ver derrumbarse toda esperanza de paz. Una paz para su pueblo que él buscaba a través de la cultura: que se reunieran los atún-gublán, los tambores parlantes para que cuando todos los de las grandes tribus sonaran al unísono, dejará de hablar por fin y para muchos años el frío metal de las armas.

Estudioso de la cultura, se decía, y era un antropólogo aplicado, ¿queda otra salida para un intelectual africano comprometido? Así, había conseguido notables logros en la transformación ritual de la ablación para evitar los riesgos de las mujeres, sin perder la eficacia simbólica y la significación social del rito. Habían convencido a las comadronas de una región marfileña para que siguieran haciendo el rito pero sin realizar el corte y contaba que el programa había sido exitoso.

Estuvo tres meses en mi casa, compartiendo el encanto de nuestro carmen de “El Verde Suspiro”, en el Sacromonte granadino, becado por la AECID. El propósito de la beca fue lo de menos, porque hombre generoso y pragmático, decidió que su misión fundamental era ayudar a este doctorando a terminar su tesis doctoral después de años de darle vueltas. Y así fue, ahuyentó moscones y tentaciones, sacó su pedagogía africana (bastaba una de sus miradas tan expresivas), leyó con paciencia todas las páginas de mi manuscrito, me hizo comentarios y vio que ya estaba madura para pasar, acompañándome incluso a ver a mi director (que como antropólogo que era, él conocía) con la última versión para cerciorarse de que también era de su misma opinión. Le debo, por tanto, mi iniciación como académico.

Él también se había iniciado como hombre, como guerrero en su pueblo, en la última generación que en su país se permitió por el gobierno llevar a los adolescentes a la selva, al Bous, durante una semana con un cuchillo como toda herramienta para sobrevivir al hambre, a las fieras y a los insectos mortales. Una iniciación en la que lo común era que no regresara el grupo entero; una iniciación que le había completado como hombre y marcado de por vida.

Mirando la Alhambra desde nuestro balcón florido, o en nuestros paseos cotidianos al Centro de Investigaciones Etnológicas “Ángel Ganivet”, me contaba esta y mil cosas de África, de Costa de Marfil y de su pueblo, con el proyecto de hacer de mí un africanista que fuera en el futuro a grabar al tambor parlante y las coronaciones de los reyes de su región.

Hacía énfasis sobre todo en educarme en una mayor discreción y moderación, virtudes del hombre que se siente tal, en todo lugar y época. En su tierra, me decía, “las palabras pueden matar”. Cuántas veces no me tuvo que pisar el pie debajo de una mesa, tan mal aprendiz era.

Me decía, siempre enseñándome, siempre oportuno: “entre mi gente —se dice— no prometas una cabra al culto, sino una gallina, porque pasado el tiempo cuando tengas que cumplir tu promesa, si tienes una gallina y prometiste una cabra el culto no va a quedar contento, en cambio si le llevas una cabra y le prometiste una gallina, quedará mucho más contento”.

El “Tío Koffi” le ha dado en su vida tantas cabras y tantas gallinas al culto que no me cabe la menor duda de que el banquete con Mami Wata durará mucho tiempo, al menos hasta que acabe la guerra, hablen los atún-gublán y callen las armas en la tierra baoulé.

EL GENIO MALIGNO

Revista de humanidades y ciencias sociales

<http://elgeniomaligno.eu>

«El Genio Maligno» quisiera generar incertidumbres ante lo que se nos presenta de forma natural e impensada y contra lo que consideramos la banalización interesada de la cultura y la simplificación no menos interesada de las concepciones antropológicas, psicológicas, sociales y políticas dominantes. Queremos reivindicar modestamente ese genio maligno que atormentó a Descartes y que, según nos enseñó Heráclito, mantiene a algunos despiertos cuando la mayoría duerme.